

El arte de hacer preguntas

Decíamos que una de las mejores maneras de hacer participar a los aprendedores es mediante preguntas. "Cualquiera puede hacer preguntas", es una observación general. Pero para que éstas sean provechosas y conduzcan al aprendizaje deben ser bien hechas. Por ejemplo, si preguntamos: "¿Están ustedes seguros de su salvación?", la respuesta evidente será: "Sí", o "No", y se terminó el tema. Si, en cambio, preguntamos: "¿De qué manera podemos estar seguros de estar salvos?", las personas tendrán que pensar bastante más para poder responder.

Lo que estamos procurando es que el alumno se vea en la necesidad de pensar, de extraer de su bagaje de conocimientos algo que sea apropiado como respuesta. No olvidemos que los adultos tienen experiencia, saben muchas cosas y generalmente han estudiado la lección. Por ello, repetir las preguntas del folleto no es suficiente.

¿Qué clase de preguntas existen? Ya hemos visto dos: la pregunta que se contesta con sí o no, y la pregunta directa. La primera, como notarás, comenzó con un verbo ("están"), y siempre que las preguntas comiencen de esa manera obtendrán la misma respuesta, y no darán lugar para más conversación, diálogo o debate sobre el tema.

Hay preguntas que se llaman elípticas, y se usan mucho en los discursos. Son aquellas que hace el orador sin esperar que los oyentes la respondan de viva voz. Basta un asentimiento mental. Son útiles para lograr que el grupo esté unido en una idea, pero no fomenta la participación de cada persona en forma activa. Otro tipo son las preguntas retóricas, que ni siquiera requieren el asentimiento verbal. la usan los oradores cuando, después de hacer una afirmación, dicen: "¿No es cierto?", o "¿No es así?".

Las preguntas directas

Las que más nos interesan son las preguntas directas, porque demandan una respuesta. Ésta puede ser una informa información una reflexión o una aplicación. "¿Cómo conocieron Adán y Eva la voluntad de Dios?" "¿De qué modo experimentaste el poder transformador de la Biblia en tu vida?" "¿Qué puedes hacer para que la Palabra de Dios sea más importante en tu vida?" Estos son algunos

ejemplos.

Hacer buenas preguntas, que hagan pensar a los alumnos de tu clase, no es fácil. Tienes que pensarlas bien, recordando las condiciones y circunstancias de cada uno de tus alumnos, para que sean significativas para ellos. Además, las buenas preguntas mantienen su interés, y movilizan a toda la clase.

Las preguntas de Jesús

Como en muchas otras áreas, Jesús era un maestro en hacer preguntas, y podemos aprender mucho estudiando las que de él se registran en los evangelios. Tómame el tiempo para leer, pausadamente, el Evangelio de Marcos, por ejemplo. Anota cada una de las preguntas que hizo Jesús, y estúdialas para ver qué se proponía Jesús con ellas. Observa cómo están hechas: la mayoría comienza con un adverbio o un pronombre interrogativos (por qué, qué, cómo, quién, cuándo, para qué, dónde, de quién, etc.). Por supuesto, Jesús también usó otros tipos de preguntas. En realidad, todas las clases de preguntas tienen su aplicación, pero las más útiles para nuestros propósitos como maestros son las preguntas directas. Ellas nos permitirán extraer de las personas lo que están pensando, y con ello podremos conocer algo de lo que necesitan y, como maestros, satisfacer esas necesidades. Así saldrán de la clase con el sentimiento de que valió la pena asistir a ella.

No olvidemos que lo que buscamos es que nuestros alumnos salgan renovados, con nuevas vislumbres de lo que Dios espera de ellos, con una mejor comprensión del camino de la salvación y con la decisión de poner en práctica lo aprendido. **RAI.**